

Después del horror

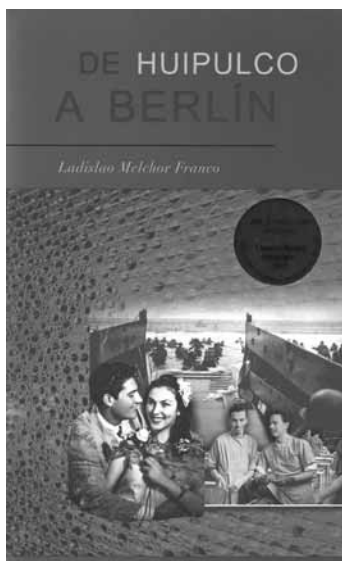


¿Son las historias de amor un pretexto para contar historias de guerra? ¿Son los relatos bélicos una justificación para hablar de amor? Preguntas que no pueden dejar de hacerse ante cierto tipo de cuentos y novelas. El amor y la guerra parecen extremos tan irreconciliables que de inmediato surge la necesidad de buscar dónde inicia la madeja de emociones que los vincula. Para Ladislao Melchor Franco (1976), médico forense y autor de *De Huipulco a Berlín* (2011), novela ganadora del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2010, las preguntas empiezan cuando termina el conflicto: ¿dónde están los héroes mexicanos que volvieron de la Segunda Guerra Mundial? y, sobre todo, ¿dónde están los que no volvieron? El amor y la guerra misma quedan como telón de fondo para dar paso a la insensibilidad de un pueblo ensimismado, mientras del otro lado del océano parece haber llegado el fin del mundo.

“DIOS, NO QUIERO MORIR”

La novela comienza *in medias res*. El protagonista, Agustín Manríquez, estudiante de Medicina, se encuentra luchando con el ejército norteamericano en el bosque de Hürtgen. Los aliados buscan cruzar la Línea Siegfried, una larga barrera hecha de bunkers y trampas antitanque, con el objetivo de seguir avanzando hacia Berlín. Por lo difícil del terreno y lo violento de los combates, hasta la fecha no se tiene un recuento claro de las bajas de ambos bandos durante los enfrentamientos en la zona, conocida como “dientes de dragón” por la forma que tienen los cientos de pirámides de concreto que se extienden a lo largo de más de 600 kilómetros.

Allí están Agustín y sus amigos, empuñando sus armas contra el inexorable avance del nazismo. Están bajo las órdenes del sargento Macario García, inmigrante mexicano



Ladislao Melchor Franco, *De Huipulco a Berlín*, Toluca, UAEM, 2011, 156 pp.

que recibió diversas condecoraciones, incluyendo la Medalla de Honor y el Corazón Púrpura del ejército norteamericano. García es un personaje histórico que cruza la frontera de la ficción. En ese infierno terrible, Dios y Teresa, novia de Agustín, le dan a éste las fuerzas necesarias para seguir luchando y conservar la vida a costa de la vida de otros.

DE HUIPULCO...

El fragmento inicial en Hürtgen muestra, como suele ser habitual en narraciones de este tipo, los horrores de la guerra. Luego, mediante un largo *flashback*, el lector es conducido a los meses previos al enfrentamiento, y conoce a Agustín, sus amigos y su mundo. Es aquí donde la promesa de una novela bélica, la historia de amor en tiempos difíciles y las respuestas sobre los héroes anónimos se difuminan. Lo que sigue, por desgracia,

no logra convencer al lector de que está en el México de los años cuarenta. Son rescatables algunos diálogos entre el protagonista y los de su edad, pero el resto suena acartonado. Hay suficientes referencias (acontecimientos, lugares, declaraciones) para saber en qué momento histórico transcurre la narración, pero ni la constante mención a los Packard logra transportar al lector en el espacio y el tiempo.

Teresa Estudillo, la otra protagonista, tiene su propio espacio en la novela: un capítulo en primera persona; pero el juego de focalizaciones alternadas no se sigue. Aunque sea estudiante de Administración y una mujer trabajadora, sus aspiraciones y pensamientos quedan subordinados a los de su novio, heroico estudiante de Medicina que no se cansa de gritar que quiere matar nazis.

El sentir nacional respecto de la guerra en Europa, tema que debiera ser central, está ausente, salvo por las reuniones del Círculo Juvenil Mexicano en que se discute de todo y de nada. Aunque el arrojito de Agustín por ir a la guerra suena artificial, es interesante, sin embargo, el planteamiento del ciudadano comprometido que se enfrenta solo al desencanto.

...A BERLÍN

Si la novela comienza por preguntarse sobre los mexicanos voluntarios –y los involuntarios– que se enlistaron para desembarcar en las playas de Omaha y Normandía, termina con un epílogo que arroja algo de luz sobre el asunto. Se trata de una lista de héroes que han permanecido, salvo algunos casos, en el total anonimato. Entre los nombres más conocidos destacan los de quienes integraron el Escuadrón 201, un grupo de 30 pilotos y casi 300 elementos de tierra de la Fuerza Aérea Mexicana que lucharon en la liberación de la isla de Luzón, en el Pacífico. Varios de los nombres están asociados a medallas y honores –otorgados, claro, por el gobierno estadounidense–, y uno, Guy Gabaldón, incluso a una película (*Hell to Eternity*, 1960).

La presencia del ya mencionado Macario García, y los datos que sirven como narración y contexto, le dan a *De Huipulco a Berlín* un cierto aire de novela histórica. A pesar de que en algunos momentos parece quedarse corta sin –duda como consecuencia de sus amplísimas ambiciones– se agradece el importante trabajo de investigación y el intrigante punto de partida. Lo que queda, pues, es una lectura que parece tener la intención de detonar otras lecturas y otras reflexiones, más profundas.